

Carta desde Inglaterra

Borges en el Reino Unido

Jordi Doce

A finales del mes de febrero de 1963, durante su largo viaje sentimental por Inglaterra y Escocia («hice mis peregrinajes a Londres, tan fecundo en recuerdos literarios, a Lichfield y el doctor Johnson, a Manchester y De Quincey, a Rye y Henry James, al *Lake Country*, a Edinburgo»), Jorge Luis Borges hizo escala en Stoke-on-Trent, pequeña ciudad de los *midlands* cercana a Birmingham. Allí, en compañía de su madre, visitó el antiguo hogar de su abuela, la adorada Fanny Haslam, y aprovechó un largo paréntesis de soledad en el jardín de la casa para cumplir una antigua y demorada promesa: enterrar en suelo inglés la cabeza de Santa Plenket, que su abuela había robado de un relicario de la catedral de San Nicolás en Friburgo el 10 de julio de 1868, y que el propio escritor había transportado desde Buenos Aires en una caja celosamente guardada en lo más hondo de su equipaje.

Esta es, a grandes rasgos, la noticia con que se desayunaron algunos de los lectores de *The Times* el lunes 29 de agosto de 1983. Precedido por un titular involuntariamente grotesco («cabeza de santa celta enterrada en Inglaterra por escritor visitante, dice profesor»), el artículo espigaba los datos que un tal Colin Richmond, a la sazón catedrático de historia de la Universidad de Keele, había publicado en una oscura hoja parroquial llamada *Downside Review*. Tras prolongadas y un tanto azarosas investigaciones, Richmond había concluido no sólo que existía una relación directa entre el robo de la cabeza de Santa Plenket y la estancia de Fanny Haslam en Friburgo, sino que el principal objetivo de la visita de Borges al hogar de sus antepasados había sido enterrarla en suelo inglés. Ciertamente, la imagen de un Borges anciano arrastrando por media Europa la cabeza momificada de una mártir celta no es fácil de digerir, pero la narración de Richmond abundaba en referencias y suponía un conocimiento bastante preciso de la literatura borgiana, capaz de combinar la reconstrucción biográfica con las exigencias de la etimología. Sus conclusiones tenían el aura de lo concluyente, o eso al menos debió creer el corresponsal de *The Times*, que detalló la historia con el verbo deportivo de un escritor de novela negra.

Según Richmond, la clave del secreto se escondía en los diarios y papeles de Edmund Bishop, experto en liturgia y teología cuya vida se cruzó durante unos días con la de Fanny Haslam. Su encuentro tuvo lugar en Friburgo, en julio de 1868, y Bishop parece haberse enamorado al instante de su joven y desenfadada compatriota. Sus diarios abundan en referencias a una tal F. H., con la que paseó por Berna y Lausana esa segunda semana de julio, y a la que dedicó palabras de admiración en su correspondencia con el barón von Hugel. Bishop y Haslam visitaron el museo de la catedral de Friburgo el mismo día en que se produjo el robo, y esto hizo sospechar a Richmond, que sabía del interés de Bishop por las reliquias religiosas. Una consulta a sus archivos reveló, en efecto, que Bishop había mencionado la cabeza de Santa Plenket en un artículo posterior a su viaje, y sus sospechas se confirmaron cuando descubrió que Borges había situado una de sus ficciones en un pueblo llamado Penkell, en claro homenaje al Penkhull que había visto nacer a la santa. Todo apuntaba, pues, a que la autora del robo había sido la abuela del escritor, Fanny Haslam: «Mis datos me llevaron a esta conclusión. Estoy seguro de que Fanny se la confió a su nieto, que tal vez se comprometió a devolverla a su legítimo lugar de reposo. Quisiera pensar que fue ella la que abrió el relicario y se llevó consigo la cabeza de Santa Plenket, impetuosamente tal vez, llevada en el mejor de los casos por un impulso patriótico, y sospecho que para impresionar al pomposo y aburrido Edmund». A su juicio, el hecho de que Santa Plenket fuera una mártir local no hacía sino añadir un elemento de conmovedor simbolismo a su historia, pues sabida era la fascinación de Borges por el pasado mítico de Gran Bretaña.

El relato de Richmond (pensará el lector) es hermosamente improbable, y lo cierto es que tiene razones para serlo, porque es falso. Él mismo admitió el engaño al día siguiente de su publicación de *The Times*, cuando supo que el párroco local amenazaba con levantar el antiguo jardín de los Haslam (nada se nos dice de la reacción de su infortunado dueño) para recuperar la supuesta reliquia. En realidad, Santa Plenket era un personaje ficticio, y su cabeza no había agraciado jamás los relicarios de la catedral de Friburgo. Y si bien Bishop y Haslam pudieron haberse conocido durante su viaje europeo, era improbable que hubiesen descubierto una pasión común por coleccionar cabezas incorruptas.

Es fácil demorarse más de lo sensato en esta historia, como es fácil caer en la tentación de urdir con sus mimbres una parodia borgiana que fundiera hipótesis y biografía en una ficción convincente. Es ya un tópico periodístico afirmar que la vida de Borges ha generado su buena provisión de azares y relatos paradójicos, pero no sería inteligente tratar de imitar al

maestro en su terreno: el pastiche es la mejor forma de revelar las limitaciones del alumno. No obstante, esta historia tiene algo de mirador excéntrico desde el que es posible otear los límites y vericuetos de ese llano tramposo que es la relación de Borges con el mundo anglosajón. No en vano Colin Richmond envolvió su ficción en un denso halo sentimental que conecta directamente con la imaginería de «A un poeta sajón» o «Hengist quiere hombres», bosquejando a un Borges que no duda en servirse de una reliquia para comulgar con la tierra de sus antepasados. Desde que hacia finales de los cincuenta Inglaterra y Estados Unidos descubrieran al autor de *Ficciones* (y ése fue el libro que hizo de Borges el icono que acabó por devorarlo), han sido reiterados los intentos de inserción de su obra en el tejido vivo de la literatura de habla inglesa. Algo así parece confirmar Martin Amis, cuando en un número reciente de *Letras libres* declara: «Uno podría decir, como con Nabokov, que el inglés fue su lengua materna. Su español se traduce como si estuviera en una especie de inglés original, porque los patrones se constituyeron tempranamente en él». Esto, como otras monedas de uso común en nuestro mundo literario, es y no es cierto (y decirlo es como decir nada, pues de lo que se trataría, más bien, es de analizar qué efectos tuvieron estos patrones en su escritura), pero se ha convertido ya en un tópico que la crítica anglosajona maneja con satisfecho desparpajo, apoyada en la feliz arbitrariedad que otorgan ciertas modas teóricas. Todo ocurre, en efecto, como si Borges fuera un descendiente de Browning y H. G. Wells, un hijo descarriado del Imperio que hubiera adoptado el castellano por simple capricho o por un azar del tiempo y las circunstancias.

Buenos Aires puede haber sido a un tiempo el desierto del predicador y la ciudad mítica de la imaginación, como España fue la patria de Cervantes y de Quevedo, la madre «incesante y fatal» que exige desprecio y amor, Francia puede haber representado la inmortalidad bajo la bella forma de los volúmenes de La Pléiade, del mismo modo que el Oriente de *Las mil y una noches* fue desde su infancia una promesa eterna de novedad e infinito. Pero en lo escrito por algunos críticos y escritores anglosajones hay tal voluntad de autorreconocimiento que cualquier otra presencia palidece sin remedio: de Poe a Whitman, de Coleridge a Kipling, los centros magnéticos de la imaginación borgiana hablan inglés. Los años no han hecho sino acentuar esa voluntad de apropiación, y lo que al principio pareció un juego de la inteligencia paradójica es ya la encarnación sofisticada de un patriotismo estrecho. La aparición el pasado mes de enero de una nueva traducción de los cuentos fue la excusa para que un tal Ilan Stavans se sumara desde las páginas del *TLS* a este largo y ya monótono desfile de lecturas nacionalistas. Aunque su reseña no decía nada particularmente novedoso